

Al hablar de los tres sectores obreros (azopardistas, ongaristas y participacionistas) que han centrado su quehacer proselitista tras el enarbolado pendón salarial, queríamos destacar lo tal vez positivo (aunque puede también creerse lo contrario) de una acción común que merece analizarse.

Luz y Fuerza, un gremio poderoso y disciplinado, ha salido a la calle al grito de "Salarios congelados - Precios incrementados - País paralizado". Esta "planta piloto del sindicalismo argentino" (sic), orgullo de los funcionarios laborales y firmes sostenedores del oficialismo sindical, está de alguna manera, en esta eventualidad, más cerca de sus confesados oponentes, luchando por el acrecentamiento y respeto a conquistas sociales básicas.

Para el líder metalúrgico Timoteo Vandor, la misma lucha lo lleva al "aglutinamiento inmediato de un frente opositor" que imponga criteriosamente (y si es posible a través de un planteo enérgico) "un aumento de salarios digno para sus representados y para toda la clase trabajadora", instando a "todas las organizaciones que conforman el movimiento obrero argentino, aun cuando mantengan diferencias de enfoque con respecto a la conducción o el momento actual que vive el país", a la unión tras objetivos inmediatos comunes.

Paseo Colón, una caja de resonancias ya casi vacía, trata de

aglutinar esfuerzos y llevar la lucha hasta el enfrentamiento más obstinado. Los antiguos militantes observan, entre desdeñosos y atribulados, los "manotazos de ahogado" que ni las virtudes personales del líder Raimundo Ongaro parecen evitar. La lucha salarial revive viejas aspiraciones, mientras el llamado frente común se deshilacha en situaciones de enfrentamientos obsecadamente intransigentes.

Pero el descongelamiento llegará con el fin de este año tan plagado de desencuentros en el gremialismo argentino, como producto, afirman muchos, de una política económica sin precedentes por los resultados positivos logrados. Para otros, en cambio, como consecuencia precisa del desorden social, que tuvo su más amplio espectro en un movimiento obrero atomizado y puesto fuera de combate con un "buen juego de cintura" desde las altas esferas.

LA "OTRA UNIDAD"

Las otrora poderosas 62 Organizaciones, lideradas por el peronismo gremial, parecen volver por sus fueros. La "orden" de la unidad está dada con puntos y comas desde más allá (y para variar) de los despachos dirigentes locales. Unidad del gremialismo peronista, la "otra" unidad, la forzada, la forzosamente impuesta por circunstancias y actores de reconocida firmeza.

Es indudable el sentido de esta remozada estrategia, aunque los designios más severos encuentren esta vez escollos casi insalvables.

Porque el camino de la ahora preconizada unidad está sembrado de dura desconfianza, plagado de gestos y actitudes difíciles de soslayar.

"Quien no entienda las razones de este necesario intento (el de la unificación), quedará definitivamente fuera de combate." Es decir, quien no se **avenga** con el inocultable designio del que maneja los títeres, tendrá que arreglárselas solo. ¿Un dilema para eruditos?

El tema tiene demasiada miga como para dejarlo esclarecido de un plumazo. De allí que el periodismo especializado deba limitarse a la mera información. O al análisis no siempre acertado, de una medida que orilla lo hipotético, como en las más intrincadas situaciones calamitosas. Para los **entendidos**, el "asunto" viene a estar tan claro como el agua. Perón posee un poderoso aparato que volverá a utilizar en sus designios, porque entiende que todavía la opinión mayoritaria del país le pertenece. Los gremios (a falta de un movimiento que está, como todos, en un amplio y prolongado cono de sombra) serán la plataforma donde tornará a instalar el barómetro de su influencia. Y así las cosas.

Héctor Sayago

UNIVERSITARIAS

UNIVERSIDAD Y EMPRESA

Diversos factores —vinculados con concepciones unilaterales de la función de la enseñan-

za superior— han entorpecido cuando no impedido totalmente, durante largos períodos, la ne-

cesaria coordinación entre la labor universitaria y la empresaria. Para interpretar en forma

ajustada a la realidad el por qué de tal situación se hace imperioso recordar someramente los objetivos tradicionales de la Universidad, en relación con la comunidad que la hace posible con su esfuerzo material. El primer cometido de aquélla reside, sin duda alguna, en la formación cultural, de alto nivel, que debe brindar al cuerpo social. Esto involucra la difusión de las disciplinas fundamentales, enumeradas en ocasión memorable por Ortega y Gasset, a modo de respuesta a las inquietudes del estudiantado madrileño conmovido y desorientado por una de las tantas crisis ocurridas en los claustros.

En segundo lugar, la Universidad utiliza todos los medios a su alcance para preparar "profesionales" eficaces. Detengámonos en este punto. La Universidad existe para proveer a la sociedad de ingenieros, químicos, médicos, profesores competentes en sus respectivas especialidades. Quien ingrese a sus aulas no tiene porque egresar "forzosamente" de ellas convertido en un "científico". La ciencia, en cuanto tal, no constituye, dentro del quehacer universitario, algo principal sino algo accesorio; algo añadido, con carácter complementario a las prioridades de la formación de ciudadanos "cultos" —en el más exigente sentido humanístico del término— y de "profesionales" idóneos. Es indispensable, pues, discriminar entre "docencia profesional" e "investigación científica" e imbuir de la importancia de atenerse a esa distinción tanto a los titulares de las cátedras como al estudiantado. La habilitación del abogado o del odontólogo para el ejercicio de sus respectivas especialidades, involucra, por supuesto, la asimilación del "contenido" de determinadas ciencias —según la tesis orteguiana— pero sólo del

"contenido", despojado de todo aditamento investigativo.

Hasta nuestros días ha llegado, con todas sus deplorables consecuencias la desviación "cientificista", denunciada en hora temprana, por el gran maestro español antes nombrado. El prurito de la "investigación" al adueñarse del ámbito universitario ha asestado golpes igualmente mortales al ideal primario de la "cultura general" y al propósito —también primordial— de obtener planteles de "profesionales" que respondan fielmente a las urgencias del medio económico-social.

Países en acelerada evolución y desarrollo como la República Argentina pueden privarse —cómodamente— de los efímeros cursantes en multiseculares Universidades europeas que —por ese sólo hecho— se creen autorizados a reaparecer ante sus conciudadanos con ínfulas magistrales. Lo que pide a gritos, en cambio, nuestra joven nación —en este estado de pubertad industrialista en que se encuentra— es el aporte de hombres universitarios para los cuales lo científico esté supeditado a la eficiencia de una "técnica".

Afortunadamente la ya demasiado larga controversia entre "cientificistas", o cultores de una estructura universitaria que es como un órgano atrofiado dentro de un cuerpo viviente, y partidarios de una Universidad al servicio de la vida, de la colectividad, de las demandas presentes, se va resolviendo en favor de estos últimos.

La multiplicación de las altas casas de estudio, sostenidas y organizadas por la iniciativa privada, ha venido, por una parte, a reforzar —y no a contrarrestar, como lo creen algunos espíritus sectarios— la acción de una Universidad estatal inapta —por lo exiguo de sus recursos— para afrontar las complejas solicitudes del momento

actual; y, por la otra, a llenar vacíos, a suplir carencias, llevando Escuelas de Minería allí donde las riquezas de nuestro subsuelo claman por ingenieros de esa rama, agrónomos tropicales a los algodones y campos de tabaco norteros, cuando no psicólogos laborales a los talleres de nuestras grandes fábricas urbanas.

Sólo así, con el coetáneo principio de las Universidades regionales —instituciones partícipes a su modo de las corrientes pluralistas de la democracia social de hoy— la enseñanza superior podrá desempeñar correctamente su tarea de colaboración imprescindible con la empresa, canalizando racionalmente hacia la producción de bienes y riquezas —o sea en favor de la prosperidad común— la inteligencia y la capacidad creadora de sus graduados.

Quien escribe estas líneas recuerda una escena, observada años atrás, en el recinto de una de las Facultades de una importante Universidad norteamericana: en torno de una mesa, ocupando lados opuestos, se hallaban, frente a frente, representantes de cierta prestigiosa empresa industrial y flamantes egresados de la casa de altos estudios, para las habituales tratativas de fin del año lectivo entre los jóvenes diplomados y los empresarios interesados en sus servicios.

Pocas veces nos ha sido dable encontrar ejemplo tan acabado como este de la comunicación que debe existir entre Universidad y vida real, entre teoría académica y experiencia social.

Sólo cabe esperar que también entre nosotros pueda establecerse algún día en forma regular, este diálogo constructivo entre las nuevas promociones universitarias y las vastas fuerzas de la economía nacional.

Dr. Martín A. Noel